



Fotografía cristera

Aurelio de los Reyes

La fotografía cristera, al igual que la fotografía de la Revolución, es producto de la conciencia histórico-visual compartida por fotógrafos y fotografiados,¹ con la diferencia de que la muerte, además de ser en beneficio de la patria, es por la religión, un redentorismo de la que carece la segunda, perceptible en la mirada de no pocos de los retratados, que me lleva a afirmar la existencia de una mirada beatífica, expresada en las fotografías de estudio de los protagonistas de clase media urbana metidos a seminaristas. Perceptible también en algunos de los sacerdotes expulsados del país, cuyas imágenes muestran diversidad de actitudes frente a la cámara, algunos de amargura, frustración, temor, otros, tranquilos, esperan su suerte beatíficamente.

¿Esa mirada beatífica es porque ingresaban al seminario y consagraban su vida a una causa religiosa, mística? ¿O pensaban ya, al ser retratados, en la cercana palma del martirio por llevar a cabo sus estudios durante el conflicto religioso? ¿Habría una mirada diferente en los seminaristas retratados antes del conflicto? Porque esa mirada beatífica, de profunda tranquilidad consigo mismos, no es generalizada. No la encontramos en los soldados, en las mujeres, en los oficiales cristeros, sólo en los seminaristas.

El objetivo de la muerte marca la diferencia entre los revolucionarios y los cristeros. Los testimonios de la descripción de los fusilados en la Revolución y la guerra cristera, indican que marchaban tranquilos a la muerte. Para unos era el fin de los sufrimientos aunque seguramente morían en la incertidumbre por carecer de la absolución de los pecados, dado el juicio militar sumario a que eran sometidos; para los otros era la entrada a la gloria eterna. Si morían, la fotografía garantizaba guardar la imagen del mártir a perpetuidad.

“La muerte tranquila de los cristeros hechos prisioneros impresionó siempre a los federales”, dice Jean Meyer.² Pero también los fusilados durante y después de la

PÁGINA ANTERIOR
Autor no identificado
Niño rebelde, ca. 1927
Clave: AAJA 4109
núm 4, inventario 79

Revolución la enfrentaban con la misma tranquilidad, resignados ante la fatalidad de una práctica ejercida no solamente durante el período armado, sino hasta 1928 cuando la nueva legislación suprimió la pena de muerte. Tranquilidad de los fusilados por los levantamientos delahuertistas, o del complot militar de 1927, según los testigos.

Porter Emerson, autor de la parodia teatral *The Bad Man* sobre Pancho Villa, relató en 1920 su experiencia cuando estuvo en México inmediatamente después del ataque de Villa a Columbus en marzo de 1916: “descubrí que los pobres mexicanos, tan pronto como son capturados por el general contrario, dirigen en torno suyo miradas de curiosidad buscando la mejor pared para que se les fusile”.³ El general Alfredo Rueda Quijano, implicado en la intriga militar que costó la vida a los generales Arnulfo R. Gómez y Francisco Serrano,⁴ candidatos a la presidencia de la República, antes de ser fusilado dijo ante los corresponsales extranjeros que asistieron al acto: “Adiós a todos” y “Good bye”, después de haber expresado no querer nada como última voluntad y de acomodar al pelotón de fusilamiento lo más cerca de su cuerpo para que no errara el tiro. Un testigo relató su entereza hasta el último momento: “No hizo alarde de valor y se concretaba a hablar en tono sereno y en ocasiones hasta empleando la ironía”.⁵ La misma serenidad se manifiesta en el general Arnulfo R. Gómez y en tantos otros fusilados, según relatos en los diarios. Basten estos dos casos.

La muerte de los cristeros era una muerte para ganarse la gloria: “si voy a morir por Cristo, no necesito confesarme”, dijo el cristero Aurelio Acevedo,⁶ era un “tránsito” hacia un cielo próximo y cercano, tan cercano como en los años de la persecución de los cristianos por los emperadores romanos; símil establecido en Roma por el propio Papa. El martirologio hacía que la viuda, la madre o los familiares se retrataran con su “santo”, con su soldado de Cristo Rey fusilado probablemente con el “¡Viva Cristo Rey!” “¡Viva la Virgen de Guadalupe!” en los labios, o que lo cubrieran de flores, o colocaran en sus manos la palma del martirio, aspectos desconocidos por mí en la fotografía de la Revolución.

El deseo del martirio, sentido como una gracia y como el medio de hacer que avance la salvación de México y del mundo, es flagelante... [en los cristeros]. Ezequiel Mendoza Barragán decía: “ustedes y yo lamentamos de corazón el fallecimiento de esos hombres que de buena fe ofrendaron sus vidas, familias y demás intereses terrenales, derramaron su sangre por Dios y por nuestra querida patria, como lo hacen los verdaderos mártires cristianos; pues su sangre unida con la de Nuestro Señor Jesucristo y con la de todos los mártires del Espíritu Santo nos alcanzará de Dios Padre los bienes que esperamos en la Tierra y en el Cielo; dichosos los que mueren por el amor al Dios que hizo los Cielos y la Tierra, y en todo está por esencia, potencia, presencia...”⁷

El uso de la simbología religiosa en el pecho de los militantes o en los estandartes, caracteriza a la fotografía cristera.

Hay, pues, diferencia en fotografías de cristeros fusilados y en fusilados durante la Revolución, aunque para establecer el matiz se debe conocer la causa de la muerte a través de fuentes alternas. También a éstos solía aplicárseles el calificativo de “mártires” de la Revolución, de sus principios, de la causa, etcétera.



La fotografía de la Revolución circuló más abiertamente, mientras que la fotografía cristera tuvo una circulación limitada, circunscrita a la familia de los retratados, de los mártires o a los archivos oficiales, a los que llegaron como testimonio y prueba de actos ejecutados por órdenes recibidas. En ocasiones, fotografía clandestina tomada en las orillas de los pueblos, entre los maizales, en los campos de cultivo; ocultada por los protagonistas o los familiares de los fusilados, catacumbesca, que emergió “desde mi sótano” a partir de la publicación de la revista *David* de Aurelio Acevedo, pero sobre todo a partir de los estudios de Jean Meyer.

Toda fotografía es producto del deseo de guardar memoria y detener la acción destructiva del tiempo. A la fotografía cristera la condicionan la clandestinidad y el afán probatorio al ser tomada por los propios guerrilleros o por los soldados; o por fotógrafos contratados expresamente por la oficialidad, como en el caso del general Enrique Gorostieta, muerto en la Hacienda del Valle el 2 de junio de 1929, cuyas fotografías fueron tomadas por el fotógrafo A. Escobar, contratado por el general Saturnino Cedillo, jefe de las fuerzas de gobierno. El hacendado Lucas Cortés armó un contingente para colaborar con el gobierno y contrató a dos fotógrafos, con magníficas cámaras, para retratar la columna de caballería y evidenciar así su participación. El general Pablo Rodríguez contrató a Enrique García, del Ayo El Chico, para captar la entrega de armas de los cristeros, dirigidos por Lauro Rocha, el 16 de junio de 1929.

A. Escobar
Mayor Sostenes García,
general en jefe de la liga
religiosa Enrique Gorostieta,
1929
Clave: AAJA 4288



*Autor no identificado
Sacerdote pidiendo dinero
a la población en sitio no
identificado, ca. 1927
Clave: AAJA 4112*

Los cristeros usaron la fotografía para justificar su intervención en la lucha, los revolucionarios para demostrar su represión. Ambos cumplían con su deber. Los primeros, defendían la religión y la patria; los segundos, a las instituciones y a la patria.

En la fotografía cristera se distinguen dos matices: la guardada por las familias y la conservada en archivos oficiales. A la primera ya me he referido; la otra, era suministrada al ministro de la Guerra, general Joaquín Amaro, o al presidente de la República, por diversas fuentes. Para la investigación iconográfica sobre este tema, resulta imprescindible consultar los álbumes fotográficos de la Secretaría de Guerra y Marina del Archivo Joaquín Amaro, bajo custodia del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca. El general Amaro recibió de un delator, la fotografía que tomó de un sacerdote pidiendo dinero a la población en un lugar no identificado. También recibió imágenes de un soldado del Quinto Regimiento de Caballería en Los Altos de Jalisco, del que sólo quedó su sombra impresa en una toma con las características de la fotografía artesanal. Los motivos del soldado al tomar las imágenes parecen haber sido varios, además del afán de perpetuar el instante, probar su servicio al gobierno, describir las actividades del regimiento, los movimientos de la columna; sus fotografías de paisaje nunca tienen por objeto mostrar en sí el panorama, sino con un carácter de

estrategia militar, presentar las dificultades del terreno para facilitar un desplazamiento. Las fotografías de los soldados fueron tomadas por su cuenta con el fin de demostrar al general la eficacia de su trabajo.

Algunas imágenes poseen sentido lúdico, como la del “Coronel Quiñones en su buen Gacho”; la de “Mi Gavilán, buen caballo de campaña”; la de la comida del regimiento en San Juan del Monte; la de “otra ocasión (sic) bañando[se]”.

Casi siempre el soldado exigió posar a sus sujetos, tal como en la toma del desplazamiento de la caballería en las barrancas de Los Yugos, que remite a tomas de Eisenstein, a quien con seguridad estaba muy lejos de conocer o las ancas de las mulas de carga. En ocasiones mostró sentido del humor al retratar a un compañero durmiendo, imagen en la que anotó “Cura durmiendo”, cuando a la vista se percibe a un soldado y no a un sacerdote.

En Tepatlán, Jalisco, se incorporó un fotógrafo local con mayor dominio del oficio al enviar una toma con un plano inclinado, que muestra más control de la expresión fotográfica, que la del soldado-fotógrafo.

Por su parte, los cristeros tuvieron a un cronista visual en Heriberto Navarrete, nacido en Etzatlán, Jalisco, en 1903. Es posible que hacía 1922, a los 19 años, su afición fotográfica se iniciara con su militancia, utilizando una cámara Brownie que usó hasta los años cincuenta. Una de sus primeras fotografías corresponde a “mi novia, Luz María Machuca y Rosaura Rábago” y otra a los alumnos maristas de Guadalajara, entre los que se encuentra él, aunque no es de su autoría. Estudió hasta el tercer año de ingeniería.⁸

Militante católico desde temprana edad, se conservan sus fotografías relacionadas con la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), entre las que destacan: su retrato de 1922 como dirigente del Círculo Iturbide de la ACJM de Guadalajara, tomada con su Brownie por un compañero; días de campo de los *acejotaemeros*; semana social en San Juan Bautista del Teúl, Zacatecas (oficialmente Teúl de González Ortega), tomada después de uno de los primeros levantamientos armados capitaneado por el párroco, en enero de 1925; reunión con los dirigentes de la ACJM de Monterrey.

En la Ciudad de México conseguía parque para la guerrilla; delatado por un compañero involuntariamente, fue deportado al penal de las Islas Marías junto con otros doce católicos⁹ y su Brownie, con la que se hizo retratar junto con el grupo.¹⁰ En 1931, Juan Carpio Ornelas, uno de los desterrados, en recuerdo de sus dos expulsiones a dicho penal, conformó un álbum fotográfico con vistas de la Isla María Madre tomadas por un fotógrafo de apellido Mandoca. Incluye siete fotografías de Navarrete sobre actividades de los deportados, dos fotografías de trabajos en la marina, “Campamento de caleros”, “Trabajando en la albañilería”, “Capataces divirtiéndose en una roca”, “Grupo de [cuatro] capataces”, “Hospital lazareto de la colonia penal”, etcétera. La dedicatoria dice: “Tengo el gusto de dedicarle [a la familia Guzmán] este humilde álbum que encierra recuerdos inmortales para la historia y principalmente para quien ha sido protagonista en ellos. San Luis de la Paz a 26 de octubre de 1931.”¹¹



Autor no identificado
Grupo de cristeros, 1927
Clave: AAJA 4206

Navarrete regresó de las Islas Marías el 30 de julio de 1927 junto con el resto del grupo; hubo quince días de festejos y agasajos: “Una señora muy entusiasta de apellido Cuatáparo [...], mandó grabar unas medallas con la imagen de la Virgen de Guadalupe en el anverso y una leyenda en el reverso, que decía ‘Honor y Gloria a los mártires de la Fe’. En una solemne ceremonia nos fue impuesta la condecoración. Se tomaron películas, muchas fotografías y se excedieron las gentes en atenciones.”¹²

Continuó militando. Su *corpus* fotográfico se divide claramente en dos secciones: las imágenes tomadas por él y las coleccionadas procedentes de diversas fuentes, obsequios de sus colegas y las recolectadas por él. Su archivo contiene una imagen de mujeres al confeccionar globos aerostáticos para arrojar propaganda desde el aire, a imitación de la propaganda de la película *Los boteros del Volga*, y a repartidores de propaganda del *Boycott* en acción. Ante la imposibilidad de seguir con el contrabando de armas, el 4 de octubre de 1927, al día siguiente de la masacre de Huitzilac, se incorporó a la guerrilla cristera a las órdenes del general Lauro Rocha, quien lo asignó a las fuerzas del presbítero y general Aristeo Pedroza, de la jefatura de las Brigadas de Los Altos.

Ante su cámara desfilaron sus compañeros de lucha en momentos relajados, de convivio; no los colocó al centro, como era lo usual, sino cargados a su izquierda. Captó jugando ajedrez al padre Pedroza y al terrible padre Vega, apodado por su crueldad el “Pancho Villa” de los cristeros; la cocina de uno de los campamentos, fotografía



excepcional con mujeres; lo mismo que la del joven cristero, cuya madre, apenada, baja la vista ante la indiscreción de la cámara. Su sentido del humor lo capta el pie de varias fotografías, “Polviese, que lo van a retratar”, en otra: “Y chistoso, le dijeron...”; “Después de la expedición *Punitiva*”. Captó la enseñanza del catecismo en el campamento, un jaripeo, etcétera. Al igual que el cronista visual del gobierno, mostró su amor a los caballos, muy especialmente a su *Kaisser*, sobre el que pidió a un compañero que lo retratara al saltar una valla; lo retrató solo y con otros caballos, así como su oreja en silueta al captar una panorámica de la tropa desde su caballo. Escasas fotografías dramáticas. Pormenorizó el avance sobre San Francisco del Rincón hasta el combate. Su crónica visual incluye la deposición de las armas después de los acuerdos de 1929, y sus intensas actividades de *acejotaemero* en los años treinta y hasta los cincuenta. En 1932 ingresó al seminario jesuita de Ysleta, en El Paso, Texas. Vivió hasta los años ochenta del siglo pasado. Escasamente las mujeres se asoman en sus imágenes.

García Fot.
Prisioneros capturados
en unión del “cuerudo”
en la Sierra de Santa Clara,
1929
Clave: AAJA 4029

La mayor parte de sus fotografías las reveló en los Laboratorios Julio en la calle de Colón 44 y en los María, de Miguel Blanco 85, ambos en Guadalajara; en American Photo de la Ciudad de México y en otros, quizá menores o tal vez de un particular, que no selló al reverso las fotografías, según costumbre de los laboratorios comerciales.

Pese a su intensa práctica fotográfica, en sus memorias no habla de ella,¹³ salvo en el pie de la fotografía de espaldas del general cristero: “Gorostieta no se dejaba retratar. Cuando yo iba a disparar la cámara frente a él, dio media vuelta”. Captó las escasas



Autor no identificado
Cristeros colgados
en postes telefónicos,
ca. 1927
Clave: AFFT 30832

fotografías del mismo general en campaña, aunque más defectuosas que las demás porque a pesar de su práctica no adquirió oficio. No se encuentra un hallazgo casual de expresión fotográfica; su obra no pasa de ser la de un aficionado, de *amateur*, mal compuesta, en ocasiones fuera de foco, sin sentido de la perspectiva. No adquirió oficio. Su cámara parece haber sufrido un golpe porque la luz se filtra con frecuencia a las fotografías y en ocasiones las empalma. No menciona quién llevaba los rollos a revelar, si él mismo o un “correo” o mensajero.

Hombre excepcional con un claro concepto del carácter testimonial de la fotografía, gracias a su conciencia histórico-visual, principal valor de su colección fotográfica. Aunque en bandos opuestos, ambos cronistas visuales, el del gobierno del que desconocemos su nombre, y Navarrete, compartían el concepto de la fotografía como testimonio y de guardarla como un diario de campaña intimista.

El general Amaro recibió fotografías iguales a las conservadas por los familiares de las víctimas, de excepcional calidad profesional, como la de León Rosas, cristero de Huitzilac; la de un niño rebelde y las de fotógrafos locales. El matiz entre estas fotografías y las conservadas por las familias, es extra fotográfico. Mientras éstas últimas las conservaban con un sentido sacro, el general Amaro las recibía y las guardaba como pruebas del cumplimiento del deber. Para aquéllas se trataba de “mártires” muertos por la defensa de la religión, mientras que para éste eran cabecillas, bandoleros, fanáticos, rebeldes. Dos ritos diferentes para lo mismo.

Como toda fotografía de guerra, la fotografía cristera es cruel, violenta, sanguinaria: el colgado en la plaza de Yahualica; los racimos de cristeros colgados de los árboles; el tiro de gracia a un ahorcado; el cura Adame retratado antes y después de ser fusilado;

las cabezas de dos cristeros guillotizados;¹⁴ la serie de fotografías del fusilamiento de los implicados en el atentado al general Álvaro Obregón, atribuido al ingeniero Luis Segura Vilchis, con la supuesta complicidad de los hermanos Miguel Agustín y Humberto Pro Juárez y Juan Tirado Arias.¹⁵

Tanto el general Amaro como el general Calles recibieron en ocasiones, copia de las mismas fotografías.

Extracto de un ensayo publicado originalmente en *Boletín*, FAPECF, núm. 60, enero-abril de 2009

1 Véase Aurelio de los Reyes, *Boletín* 54: "Los álbumes fotográficos del Fideicomiso Archivos Calles-Torreblanca: comentarios". FAPECF, México, enero-abril de 2007.

2 Jean Meyer, *La cristiada. Volumen IV, Grandeza mexicana*, México, Clío, 1997, p.40.

3 "Un juicio sobre México del autor de *The Bad Man*", *Revista de Revistas*, México, 7 de noviembre de 1920, p. 13.

4 Véase John W.F. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución. 1919-1936*, (1961) México, Fondo de Cultura Económica, 1977, pp. 321 y ss.

5 "Cómo fue el fusilamiento del general de brigada Alfredo Rueda Quijano", *El Universal*, México, 7 de octubre de 1927, p. 1.

6 Jean Meyer, *op. cit.*, p. 47.

7 Jean Meyer, *Idem*, p. 31-32.

8 Instituto Cultural de Aguascalientes, Archivo cristero.

9 Ignacio Durán Cardona, de San Luis Potosí, S.L.P.; Antonio Pompa y Pompa, de Guanajuato y Gto.; Miguel Vargas Murguía, de Zamora, Mich.; Gabino González Delgado, de Cuernavaca, Gto.; León Ávalos Vez, de la Ciudad de México; Calixto Alvarado Ramírez, de Puruándiro; Ciriaco Orozco Cervantes, de Aguascalientes, Ags.; Juan Carpio Ornelas, de León, Gto.; Isaac Ramos Rodríguez, de Sayula, Jal.; Franco Baraja Becerra, de San Miguel de Allende, Gto. y Salvador Álvarez Patrón, de Guadalajara, Jalisco.

10 Heriberto Navarrete, *En las islas Marías*, México, Jus, 1965, p. 59.

11 Instituto de Estudios sobre la Universidad y la Educación, Archivo Aurelio Acevedo, fotografías 114/145.

12 Heriberto Navarrete, *op. cit.*, p. 188.

13 Heriberto Navarrete, *Por Dios y por la patria. Memorias de mi participación en la defensa de la libertad de conciencia y culto, durante la persecución religiosa en México de 1926 a 1929*, México, Editorial Tradición, 1980.

14 FAPECF Fototeca, Archivo Joaquín Amaro, álbum 4, *Secretaría de Guerra y Marina*, vol. I, imagen 032, inventario 79.

15 Renato González hizo un interesante estudio sobre la serie de fotografías tomadas por Fernando Sosa y Agustín Víctor Casasola, publicadas por los diarios *Excelsior* y *El Universal*, "El martirio del padre Pro", en *Los pinceles de la historia. La arqueología del régimen. 1910-1955*, México, Museo Nacional de Arte, 2003, pp. 107-114.